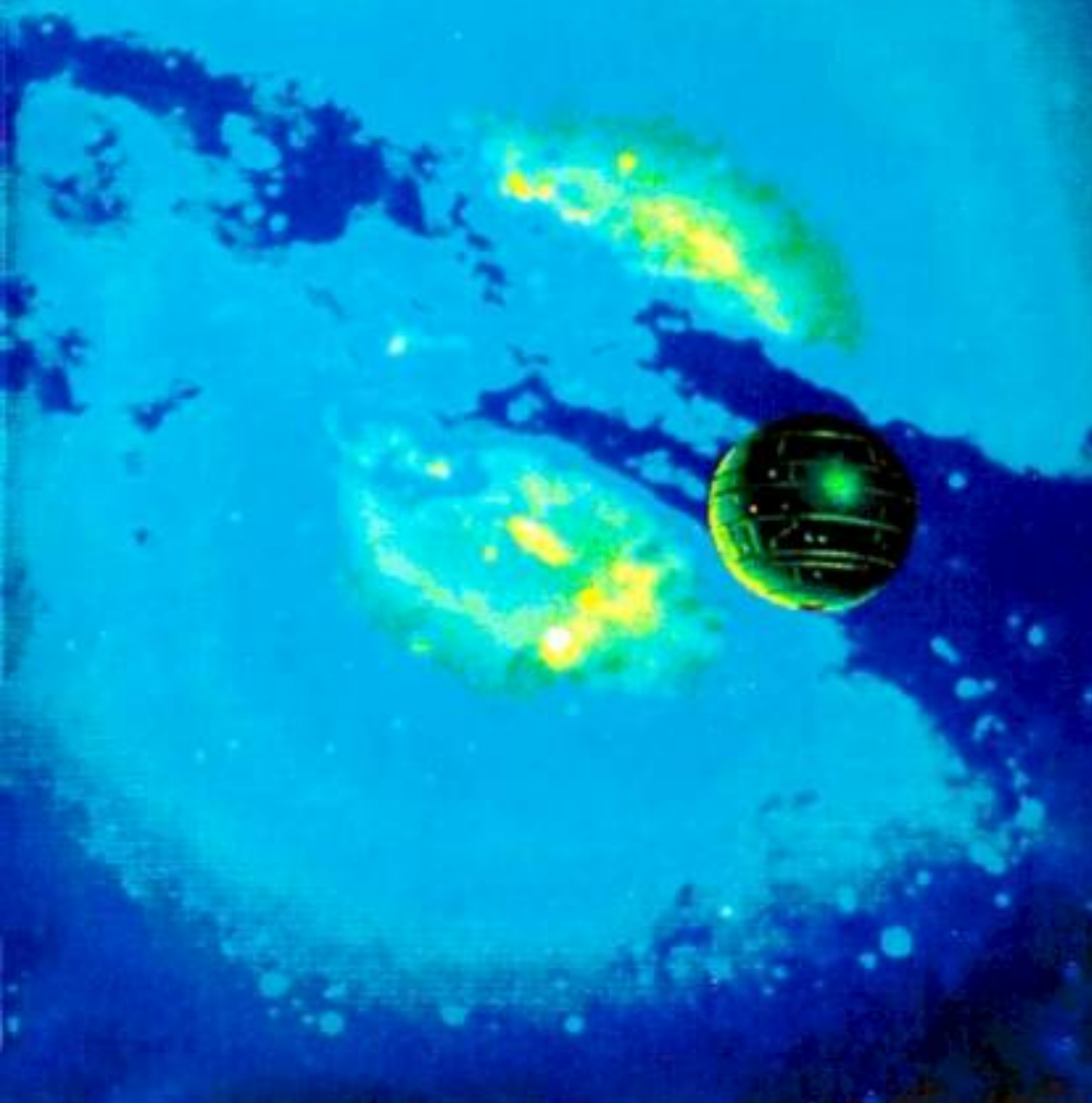


PREMIOS NEBULA 1985

Ed. George Zebrowski



Los premios Nebula son los Oscar de la ciencia ficción. Desde su fundación en 1965, la Sociedad Norteamericana de Escritores de Ciencia Ficción, es quien otorga los famosos premios Nebula y publica anualmente un volumen con los galardones del año, formando así una de las más prestigiosas antologías anuales de la ciencia ficción norteamericana.

Junto a los relatos premiados de Robert Silverberg, George R.R. Martin y Nancy Kress, se incluyen en este volumen un relato de Orson Scott Card, ganador en la categoría de novela, y otro de Arthur C. Clarke, elegido Gran Maestro en este año.

Completan el libro algunos de los relatos nominados, y artículos sobre la ciencia ficción y su mundo a cargo de Algys Budrys y Gregory Benford.

En la edición de este año se incluye además una extensa reseña sobre las películas de ciencia ficción de 1985

En recuerdo de:
Frank Herbert 1920-1986
Thomas N. Scortia 1926-1986
Manly Wade Wellman 1903-1986

PRESENTACIÓN

Los Premios NEBULA son los Oscar de la ciencia ficción. La elección se realiza anualmente en el seno de la Science Fiction Writers of America (SWFA, Sociedad Norteamericana de Escritores de Ciencia Ficción), y son los mismos escritores los que seleccionan las mejores novelas y relatos publicados cada año. Los premios que corresponden al año 1985 se hicieron públicos en abril de 1986, en el banquete anual correspondiente, siguiendo una ceremonia tradicional que se inició en 1965.

Otro de los premios famosos de la ciencia ficción americana, el HUGO, se elige directamente por votación popular de los asistentes a la convención mundial anual de la ciencia ficción, lo que les confiere un carácter quizá más popular. Sin embargo, el hecho de que la concesión del NEBULA se realice unos meses antes influye evidentemente en los HUGO. Por ello no es de extrañar que, por lo menos en la categoría de novela, los Premios HUGO y NEBULA hayan coincidido en los últimos tres años.

En cualquier caso, el prestigio creciente de los NEBULA está ampliamente justificado por el nivel y los intereses de los que realizan la nominación y la votación final: los mismos escritores, que conocen claramente las dificultades propias de su oficio y saben reconocer un trabajo bien hecho.

El editor de la selección de este año, George Zebrowski, es también escritor y editor en el campo de la ciencia ficción. Su trabajo ha recogido este año a todos los premiados en las categorías de relato y novela breve, así como algunos relatos nominados y varios artículos sobre la ciencia ficción. Su tarea se completa con un interesante relato (también nominado) de Orson Scott Card, vencedor en la cate-

goría de novela por *El JUEGO DE ENDER* (publicada como número uno de nuestra colección y Libro Amigo).

El banquete del año 1986 otorgó uno de los escasos premios a un Gran Maestro, con lo que la SWFA reconoce los méritos y logros de un autor vivo a lo largo de toda su trayectoria profesional. En 1985, el indiscutible Arthur C. Clarke se incorpora así a la reducida lista de Grandes Maestros de la Ciencia Ficción. Como homenaje o recordatorio, Zebrowski ha decidido incluir en este volumen un curioso texto donde el veterano Clarke ironiza sobre la historia y los antecedentes de la informática.

Pero el mundo de la ciencia ficción es mucho más amplio que la nueva creación literaria, y ello se demuestra en el creciente interés crítico que está adquiriendo este género dentro del mundo académico. Por ello se agradece, en el trabajo de Zebrowski, la inclusión de un entrañable texto del ya veterano Algis Budrys que rememora la breve historia del género, así como un intento de Gregory Benford para definir el concepto de alienígena o extraterrestre tan habitual en la ciencia ficción.

Como ya hiciera en la antología correspondiente al año 1984 (los encargos de edición de la SWFA suelen ser por dos años), Zebrowski ha incluido también una reseña realizada por Bill Warren sobre los films de ciencia ficción aparecidos en 1985. En él resulta claramente visible que Hollywood no ha entendido todavía las grandes posibilidades de la ciencia ficción. Los productores cinematográficos no han sabido ver que se trata de un género adulto y para adultos, aunque también pueda interesar a los más jóvenes. En cualquier caso, las páginas finales del trabajo de Warren (con su valoración de obra excepcional para Brazil, en lo que coincido) son una clara exposición del problema. Y también junto a Warren expreso mi convicción de que, indefectiblemente, el futuro nos deparará también películas de ciencia ficción de calidad parecida a las escasas excepciones que acuden a la mente de todos.

En cuanto a los relatos, creo que el conjunto constituye una de las mejores antologías posibles de lo publicado el año 1985 en Norteamérica. Personalmente, siempre he creído que la ciencia ficción encuentra sus mejores momentos en los relatos o novelas breves. No en vano muchas de las grandes y más famosas obras del género han nacido como unión de relatos aparecidos individualmente en las revistas del género. Así ocurrió con la trilogía inicial de la Fundación de Asimov, las Crónicas Marcianas de Bradbury e incluso el famoso Dune de Herbert.

La ciencia ficción es, esencialmente, una literatura de ideas y éstas encuentran su mejor expresión en el relato corto y la novela breve, como demuestra este volumen.

Howard Waldrop, uno de los jóvenes valores de hoy, nos muestra a Mickey, Gooffy y el Pato Donald en un futuro lejano en el que se han convertido en Herederos del Perisferio. Otra autora de la nueva hornada, Nancy Kress, aporta ese algo indefinible que algunos llaman el toque femenino en el entrañable relato del contacto de gente corriente procedentes de mundos Entre tantas estrellas brillantes. Orson Scott Card, que parece haber sido redescubierto en este su año de gracia, nos ofrece una de sus parábolas morales llena de fuerza e intención, basada en la sociedad que ha surgido, en El margen, de una nueva cultura posatómica.

Sería ocioso destacar la sensibilidad y brillantez de Rumbo a Bizancio, la novela breve en la que Robert Silverberg nos lleva a un mundo futuro interesado por las ciudades antiguas y que parece haber vencido al espectro de la muerte. George R. R. Martin, en Retrato de sus hijos, nos ofrece un relato fantástico en el que se desvela la pesadilla de un autor. Como sea que el premio NEBULA lo eligen los escritores de ciencia ficción, era inevitable que el relato de Martin obtuviera el premio.

Los otros nominados que, junto a Waldrop, completan el volumen son Joe Haldeman, ya muy conocido por el lector en castellano por sus novelas, con su relato (publicado

originalmente en Playboy) de un cyborg que llega a ser Más que la suma de sus partes. Junto a él, James P. Blaylok, compone una sensible fantasía sobre el mundo de los Dragones de papel o, quizá, más exactamente, sobre el de los hombres.

MIQUEL BARCELÓ

GEORGE ZEBROWSKI: Introducción

A lo largo del año, la Sociedad Norteamericana de Escritores de Ciencia Ficción lee y propone novelas y cuentos para los premios Nebula anuales. Estas recomendaciones se presentan en forma de carta y, a finales del año, se hace un recuento para constituir una lista preliminar que se envía a todos los miembros. Las cinco novelas (40. 000 palabras o más), novelas cortas (entre 17. 500 y 39. 999 palabras), cuentos (de 7. 500 a 17. 499 palabras) y cuentos cortos (menos de 7. 500 palabras) más votados se inscriben en la lista final, que se manda a los miembros para que la voten. El jurado de los premios Nebula puede añadir un nominado a cada una de las categorías.

La lista del premio Nebula de 1985 fue más larga de lo habitual, pues bastantes trabajos quedaron empatados en la votación preliminar. (Además, las recomendaciones para la lista preliminar fueron muy entusiastas.) La lista final — los vencedores están indicados por medio de un asterisco — fue:

En Novela

- «Blodd Music», de Greg Bear (Arbor House)
- «Dinner at Deviant's Palace», de Tim Powers (Ace Books)
- *«El juego de Ender», de Orson Scott Card (Barcelona, Ediciones B, 1987)
- «Helliconia Winter», de Brian W. Aldiss (Atheneum)
- «The Postman (El cartero)», de David Brin (Bantam Spectra Books)
- «The Remaking of Sigmund Freud», de Barry N. Malzberg (Del Rey)
- «Schismatrix», de Bruce Sterling (Arbor House).

En Novela Corta

«24 Views of Mount Fuji, by Hokusai», de Roger Zelazny (Isaac Asimov's Science Fiction Magazine, julio de 1985)

«The Gorgon Field», de Kate Wilhelm (Isaac Asimov's Science Fiction Magazine, agosto de 1985)

«Green Days in Brunei», de Bruce Sterling (Isaac Asimov's Science Fiction Magazine, octubre de 1985)

«Green Mars», de Kim Stanley Robinson (Isaac Asimov's Science Fiction Magazine, septiembre de 1985)

«The Only Neat Thing to Do», de James Triptree, Jr. (The Magazine of Fantasy & Science Fiction, octubre de 1985)

*«Rumbo a Bizancio», de Robert Silverberg (Isaac Asimov's Science Fiction Magazine, febrero de 1985).

En Cuento

«Dogfight», de Michael Swanwick y William Gibson (Omni, julio de 1985)

«El margen», de Orson Scott Card (The Magazine of Fantasy & Science Fiction, octubre de 1985)

«A Gift from the Graylanders», de Michael Bishop (Isaac Asimov's Science Fiction Magazine, septiembre de 1985)

«The Jaguar Hunter, de Lucius Shepard (The Magazine of Fantasy & Science Fiction, mayo de 1985)

«Paladin of the Lost Hour», de Harlan Ellison (Universe 15, Doubleday; The Twilight Zone Magazine, diciembre de 1985)

*«Retratos de sus hijos», de George R. R. Martin (Isaac Asimov's Science Fiction Magazine, noviembre de 1985)

«Rockabye Baby», de S. C. Sykes (Analog, 15 de diciembre de 1985).

En Cuento Corto

«Flying Saucer Rock and Roll», de Howard Waldrop (Omni, enero de 1985)

«The Gods of Mars», de Gardner Dozois, Jack Dann y Michael Swanwick (Omni, marzo de 1985)

«Herederos del Periferio», de Howard Waldrop (Playboy, julio de 1985)

«Hong's Bluff», de William F. Wu (Omni, marzo de 1985)

«Más que la suma de sus partes», de Joe Haldeman (Playboy, mayo de 1985)

*«Entre tantas estrellas brillantes», de Nancy Kress (The Magazine of Fantasy & Science Fiction, marzo de 1985)

«Dragones de papel», de James P. Blaylock (Imaginary Lands, Ace Books)

«Snow», de John Crowley (Omni, noviembre de 1985).

El 26 de abril de 1986 se anunciaron los resultados y se presentaron los premios en el Banquete de los Premios Nebulae, en el hotel Claremont de Berkeley, California.

La extensión de la lista puso a disposición del editor del presente volumen una mayor variedad de trabajos entre los que escoger, además de los vencedores. Había que incluir, naturalmente, un trabajo del autor de la novela ganadora y las obras correspondientes de los vencedores de las restantes categorías. Como controlador, y no como maestro, del talento —una diferencia que los editores deberían tener quien se la recordara en las comidas— me suelo preguntar si mis selecciones no constituyen una manera de menospreciar o de poner de relieve un conjunto de cualidades en detrimento de otros, pero siempre me contesto que ninguna elección puede resultar perfecta y que las orientaciones que me proporciona el proceso de selección tienen más peso que cualquier preferencia personal.

En los últimos años, todos los premios han sido vituperados. Muchos consideran el Premio Pulitzer de ficción como garantía de mediocridad, los premios al Libro Ameri-

cano son irregulares en cuanto al método de selección, al Premio Nobel que se adjudica por motivos políticos y que cuanto más larga se hace la lista de grandes que no lo han recibido, más inadecuado resulta.

Las quejas son igualmente clamorosas en el mundo de la ciencia ficción y las diferencias filosóficas entre los críticos igualmente irreconocibles. El Hugo suele considerarse un mero concurso de popularidad, el Nebula una palestra sangrienta para rebeldes sin causa, y el Premio John W. Campbell, concedido por un jurado, ha sido acusado de ser infiel a la calidad de su homónimo y de estimular elecciones bizantinas. Los premios nunca satisfarán a todo el mundo, pero un proceso de selección depurado comporta necesariamente imperfecciones en la búsqueda de la excelencia.

Es para mí un orgullo que la antología de los Premios Nebula pueda hacer algo que los resultados de los premios no pueden hacer: presentar a los lectores el mayor espectro posible de competidores, de manera que dispongan de la solución más amplia posible de la que surge el precipitado de los cristales ganadores. (A propósito, característica especial de la antología de este año es el encabezamiento de cada cuento por un comentario personal del autor nominado.) Pero la analogía química no sirve porque cualquiera de estas obras podría haber ganado. Éste es el único premio de ciencia ficción que honra a sus competidores de esta manera.

Los lectores siempre deberían juzgar por sí mismos. No deberían dejarse guiar por la incompetencia de los examinadores ni por los prejuicios de los críticos más ensalzados. Leer literatura de ficción no es una actividad colectiva, como tampoco lo es escribirla; lo más importante siempre es el juicio personal. A los lectores me permito recomendarles toda la lista^[*].

Esta siempre es resultado de diferencias de opinión, de insistencia crítica y de innumerables presiones intangibles.

Es una lista hecha para el lector avisado.

En un ensayo publicado en la recopilación de Premios Nebula anterior, Algis Budrys plantea el problema de una manera definitiva, a mi modo de ver:

«Éstos son nuestros mejores autores en este lapso de tiempo dado y, si alguien puede tener ciertas dudas al respecto, no podrá dudar por lo menos de que representen nuestra selección particular de mejores autores de este lapso de tiempo dado. Al leer esta u otra antología de los Premios Nebula se experimenta una legítima impresión de calidad, debido a la variedad, el ingenio y la elegancia con que se enfrentan al desafío que representa alcanzar la excelencia. Esto se debe, de hecho, a que se enfrentan al problema de hacerlo lo mejor posible y dejar que la excelencia se manifieste por sí misma.»

Johnson City, Nueva York
15 de junio de 1986

ALGIS BUDRYS:
¿Qué tuvo 1985 de memorable?

Algis Budrys, autor de las novelas clásicas *Rogue Moon*, *Who?* y *Some Will Not Die*, así como de la reciente y tan alabada *Michaelmas*, es también el mejor crítico norteamericano de ciencia ficción en activo. Sus ensayos aparecen en *The Magazine of Fantasy & Science Fiction*. Con el título de *Benchmarks* se han publicado recientemente sus trabajos críticos para *Galaxy*, que han merecido el Premio Locus 1986 a la mejor obra no literaria. Autor de numerosos cuentos cortos, Budrys es miembro del Hall of Fame de la Sociedad Norteamericana de Escritores de Ciencia Ficción y ha recibido un premio especial de la Sociedad Norteamericana de Escritores de Misterio. Catalizador de jóvenes talentos, Budrys ha sido profesor en el taller de verano de creación literaria *Clarion*, que se reúne todos los años en la Universidad estatal de Michigan, y trabaja como juez y editor en el proyecto de *Escritores del Futuro*. Está preparando una nueva novela.

Lo más característico de una nebulosa es que adquiere más carácter y definición cuanto más se aleja uno de ella. Mientras participaba en el banquete en que los miembros de la Sociedad Norteamericana de Escritores de Ciencia Ficción otorgaron los Nebula de 1985, se me ocurrieron dos cosas: primero, que ya es hora de que los Escritores Norteamericanos de Ciencia Ficción se conviertan en los *Escritores Universales de Ficción Especulativa*, y, segundo, que no lograba descubrir en qué derivaba 1985 de 1984 y que, por consiguiente, me iba a costar un esfuerzo ímprobo

escribir este ensayo. Ahora, pasados algunos días, esto último me parece más sencillo. Pero no demasiado.

Los premios anuales prestigiosos, es decir, los que han ido cayendo, con pocas excepciones, en las obras más significativas de cada época, adquieren una importancia mística. No resulta agradable esperar como nominado el veredicto final, entablando conversaciones triviales y tratando al mismo tiempo de que la comida no le sienta mal a uno. Pero eso se acaba. Felizmente, tristemente o ambiguamente, después de una eternidad se anuncian los resultados y eres ganador o no lo eres. Y entonces les llega el turno a los que, como yo, tratamos de darle mayor trascendencia a todo el asunto; es un tipo de actividad que se reitera una y otra vez.

Estos juicios a posteriori, reiterativos y al mismo tiempo renovados con cada nueva situación, consiguen supuestamente localizar al personaje de una época, explicar qué fuerzas impulsaron a ciertas personas a escribir de cierta manera en cierto momento, y luego qué hizo a los que en ese momento eran sus iguales nominar sus trabajos para un premio y escoger a unos pocos ganadores, asumiendo así, implícitamente, que hay historias que superan el nivel mínimo y otras que sólo se le acercan. Eso conduce a identificar tal nivel, hecho lo cual podemos quedarnos todos tranquilos, aunque sólo sea hasta el siguiente juicio. Cuando éste tiene lugar, es fácil que contradiga lo que antes pareció irrefutable.

Por ejemplo, Richard Lupoff, experto en ciencia ficción, editó una vez varias prometedoras antologías de historias que deberían haber ganado un premio y, aunque en este caso nos enfrentemos a la opinión de una sola persona, resultó como mínimo tan convincente como la de cualquier otro ensayista. Este mismo volumen contiene historias no galardonadas que son, pese a ello, excelentes, y que George Zebrowski decidió incluir. Algunos métodos de comprobación —la frecuencia de las reediciones, por ejemplo—

quizá nos permitan incluso considerar que algunas eran «mejores» que las que fueron premiadas. No es que sea el único método relevante, pero subraya el hecho de que la excelencia es de alguna manera algo transitorio. A veces se debe a una maestría incuestionable; otras, al punto de vista circunstancial del observador.

Entre los ganadores está Robert Silverberg por su ingeniosa novela corta *Rumbo a Bizancio*. Silverberg, como todos los ganadores de cualquier categoría en esta ocasión, inició su carrera en la segunda mitad de siglo (en 1954, para ser precisos). En 1971, George R. R. Martin, el ganador en la categoría de cuentos (por *Retratos de sus hijos*) publicó su primera historia como profesional. El vencedor novel, Orson Scott Card, con *EL JUEGO DE ENDER*, ha aparecido todavía más recientemente en escena —demasiado recientemente para que lo citen los manuales de referencia de ciencia ficción habituales—, así como Nancy Kress, que ha obtenido el Nebula por su cuento corto *Entre tantas estrellas brillantes* (y pronunció al recoger el premio el discurso más gracioso y más meditado que jamás le haya oído a ningún galardonado).

Se podría pensar que esta inclinación por la juventud queda compensada por el Premio de Gran Maestro concedido a Arthur C. Clarke. Pero Clarke empezó a vender en 1946 y, aunque ya hace algún tiempo de eso, tampoco puede decirse que se remonte a la «Edad de Oro» tradicional. Ya se han otorgado siete Premios de Gran Maestro; Clarke es, junto con Andre Norton, el único gigante de la ciencia ficción que haya merecido tan alto galardón por una obra iniciada después de la Segunda Guerra Mundial.

Es decir, una obra iniciada en un mundo muy diferente de aquel en que pudo empezarse a considerar a la ciencia ficción de los quioscos como literatura. Con explosión de la «bomba atómica» en 1945 —como se llamaba cuando la ciencia ficción era «cientificción» o «stf»^[1] (pronunciado «stef») — acabó toda una época de lucha. Habían de venir